

— 23 —

CAPITULO III.

Que doña Inés de Poitiers se halló cuando menos lo pensaba con que ni era casada, siéndolo; ni viuda, puesto que no lo era; ni soltera, puesto que había dejado de serlo.

De Francia vine á Castilla;
nunca dejara yo á Francia.....
Caséme en un dia aciago;
mártes fué por la mañana,
y el miércoles enviudaron
el tálamo y la esperanza.

ROMANCIERO GENERAL.

—Asegúrote Castana, que aun no he vuelto del gran asombro y pena que me causó el suceso del rey.

—Loado sea Dios, señora mia, que sano y salvo le sacó de tal peligro.

—¿Hallástete presente, Castana?

—Hallábame á la sazón en la torre del Oriente, y desde allí alcancé á ver muy bien lo que aconteció.

—Dicen que fué un buen caballero quien salió al paso al caballo y supo detenerlo: así Dios le ayude á él y todos los de su casa.

—Pues os engañaron, señora, replicó con notable calor Castana; no fué sino un pechero, un villano, uno de esos que nombran almogávares.

—Gente fiera es, Castana; mas dígoté por mi ánima que cuanto horror hube de ellos hasta ahora, he de convertirlo en amor para en adelante.

—¡Si á éste hubierais visto, señora! mozo es que no ha de contar por mi cuenta los veinte y cinco años; alto y membrudo y ágil á maravilla, ojizarco, pelinegro, trigoño en la color, mas en labios y mejillas matizado con purísimos carmines. ¡Si le hubierais visto, señora! El con su tosco traje oscurecía á los mas apuestos galanes de la corte; y estoy cierta de que á calzar espuela de oro no se le hubiera aventajado uno solo de los justadores que esta tarde han entrado en el palenque.

—Harto le miraste, Castana; qué buenas señas das para visto de paso.

Castana se sonrojó un punto al oír estas palabras, y breve rato guardó silencio; mas luego, variando con intento de conversacion, habló de esta manera:

—¿Queréis, señora, que mas os estreche el justillo?

—No. Bien está, bien está.

—Buena gola, prosiguió Castana; que puesto que el rizarla costara sendos sueldos jaqueses, mérelo bien lo esmerado de la obra. Prenda es de reina. ¿Pondréis ahora el collar de ricas perlas bendecido por el padre santo, que os dió en arras mi señor el rey el dia de las bodas? Grande es el broche y todo de oro. ¿Es cierto, señora, que hay dentro él madera de aquella en que enclavaron á N. S. Jesucristo?

—Haila sin duda alguna, Castana; mas trae pronto el collar que el tiempo pasa y es hora de acudir al sarao.

—Aquí está, señora. ¿Queréis ya el luengo manto de vueltas y forro de armiños?

—Qué pregunta, Castana: ¿no sabes que á presentarme sin él en el sarao no habria allí quien me reconociera por reina?

—¡Hermosa estais! exclamó Castana al ver de pié á su señora, la cual puesto el manto echó á andar hácia la puerta de la sala.

—No seas aduadora, Castana, respondió ésta parando un poco el paso: ¿es cierto que estoy bien tocada y bien vestida?

Tiempos amargos para las hermosas aquellos en que apenas se hallaban espejos por el mundo. Por no tenerlo aquella mujer tan ansiosa por brillar y por agradar, como francesa que era; tan ilustre por su nacimiento, puesto que nació en la noble casa de los condes de Poitiers; tan orgullosa con ser reina, que reina la nombraban de Aragon; aquella doña Inés, en fin, de todos admirada y servida de todos, se hu-

millaba hasta demandar una frase halagüena de una de las doncellas de su servidumbre.

¡Oh! ¿Qué seria de la mas modesta de nuestras damas si no tuviera un espejo, un solo espejo con quien consultar á solas los íntimos secretos de su belleza, y medir y contrastar el poder misterioso de sus atractivos?

Juntas salieron del estrecho retrete en donde se hallaban la reina doña Inés y su doncella Castana, y juntas entraron en el soberbio salon adonde habia de tener lugar el sarao, que para mas embellecer y solemnizar la gran fiesta del dia daba la corte.

Lleno estaba el anchuroso recinto de cuantas damas de alcurnia y de cuantos galanes caballeros habia en Aragon y en los vecinos condados de Francia.

Hablábase aquí y allí de los juegos y justas en que los caballeros habian empleado la tarde, y celebrábase tal golpe, tal suerte, tal hecho de destreza, loando á los unos por rebajar á los otros, que es lo menos que la malignidad humana permite en tales casos. Cuando entró la reina en el salon ya no se pensó en otra cosa que en la danza.

Y es de ver cómo el cronista muzárabe, puesto que viejo y apagado con el hielo de los años, habla de las bellezas que allí se hallaron, de lo vistoso de sus tocados y prendidos, de lo rico de sus trajes, de lo amable de sus conversaciones, de lo ardiente de sus ademanes, ora al hablar, ora al danzar, ya inclinando la cabeza hácia los labios de algun apuesto doncel porque mejor cayesen en el oido los dulces requiebros, ya ciñendo con sus blancos y flexi-

bles brazos de *leche y sangre* (que el cronista, aun- que tan anterior á *Góngora*, sabia usar tales con- ceptos); ciñendo, digo, la cintura del galan amante ó dejándose arrastrar por él así como en desmayo al mundo de fantasía que ven y palpan los sentidos, entre el són de los músicos instrumentos, y los reflejos de mil antorchas, y el contacto del pecho palpitante, y el aliento de la boca que enamora.

Mas el interes de esta verídica historia llama nues- tra atencion á otra parte, y es fuerza que descargue- mos aquí tambien de tales incidentes el minucioso relato del cronista, por mas que nuestro corazon, harto mas jóven que el suyo, se deleite y encante con tales descripciones.

Ello es que habia entre tantos corazones como allí gozaban uno que en silencio gemia; uno, el que por mas feliz contaban todos sin duda, el de la reina doña Inés, que se sentia siniestramente opri- mido.

¿Y qué tiene de extraño que tal sintiese la reiuva? Era mujer y sensible, y estaba recien casada, y ama- ba mucho á su esposo, y pasaban horas y horas y és- te no llegaba al sarao; y por mas que le buscaban por el alcázar y por todo Huesca, nadie daba razon de su persona, con ser tan conocida de todos; y los fieles servidores aquí y allá enviados, iban volvien- do uno por uno y diciendo á la par á su señora:

— ¡No está! ¡no está el rey! ¡No se sabe qué haya sido de él!

Largas horas trascurrieron sin que la corte nota- se aquel extraño caso; los unos se esplicaban á sí

propios tal ausencia por lo estravagante del carác- ter de don Ramiro; los otros ni siquiera reparaban en ella, que tan poca cuenta tenian con su persona, y aun por eso la falta del rey no disminuyó en lo mas pequeño el general regocijo.

Mientras dentro del alcázar todo era música, y danzas, y galanteos, tañian á vuelo todas sus cam- panas la nobilísima iglesia de San Pedro el viejo (que como muzárabe y de los antiguos que en tiem- po de moros allí asistian á los santos oficios, no acer- tó el cronista á contarla en otro lugar que la prime- ra de todas), y la catedral y los demas templos y ermitas, que así en el recinto de la ciudad como en las vecinas campiñas habian levantado en los breves años trascurridos desde la conquista los pia- dosos aragoneses.

Y así como de dia los mal disfrazados ajimeces, ó las nuevas rejas de los cristianos se miraban ador- nadas con telas y flores, de noche resplandecian con millares de luces puestas en vasos de muy diversos colores, que ora formaban anillos de enroscadas ser- pientes, ora semejaban frondosos árboles de fuego ó mágicas flores, ora encantados castillos como aquellos que el vulgo de la época fabricaba en su fantasía, poblándolos de afligidas damas y de ala- dos dragones y vestiglos. Regocijo con que los hon- rados oscenses se prestaron de bonísima voluntad á celebrar la coronacion y jura de don Ramiro, no bien oyeron el bando de los jurados de la ciudad, donde eran amenazados con multas y otras penas

los que se mostrasen tristes en ocasion tan para risa y contento.

Pero unas tras otras las horas de aquella noche famosa fueron pasando, aun mas de prisa que pasan ordinariamente: comenzaron á apagarse las luminarias; quedaron desiertas las calles, y dentro del alcázar la concurrencia fué disminuyendo insensiblemente, y calló la música, y cesaron las danzas.

En aquel punto fué cuando mas cundió la inopinada ausencia de don Ramiro, y comenzaron á formarse sobre ella los mas estraños comentarios, y abriéronse camino las mas absurdas versiones.

Importunada por todos, trémula y cuasi llorosa la reina doña Inés, se retiró del salon, marchitas sus galas, demudado el dulce color de sus mejillas.

Y la concurrencia despues de vagar algun tiempo todavia por los anchos corredores y salas del alcázar, hablando y murmurando, desapareció para entregarse tranquila al sueño, ó forjar sangrientos cálculos de ambicion y codicia sobre tal acontecimiento.

Eran á la sazón las altas horas de la noche, esas horas terribles para las mujeres y para los niños y para todas las fantasías, ó vírgenes ó acaloradas.

La reina doña Inés, despedidas las damas de su servidumbre hasta la misma Castana, en quien mas que en otra alguna depositaba sus confianzas, se miraba reclinada en la gran alcoba de los reyes, sobre el fastuoso lecho nupcial.

Perdidas las esperanzas de encontrar á su esposo, incierta, temerosa, despechada, sin saber si quie-

ra qué llorar, ni qué esperar de funesto, hallábase en uno de aquellos instantes supremos en que el alma, grandemente agitada, no se siente dentro del cuerpo, en que los ojos preñados de llanto no lloran, en que el corazon, lleno de suspiros, deja escapar apenas el aliento necesario para la vida.

¡Pobre reina, tan infeliz entonces como la mas infeliz de sus vasallas! ¡Pobre esposa, que tan pronto miraba desierto el tálamo donde juzgó hallar eterna ventura! ¡Pobre mujer!

Y en verdad que nunca habia parecido mas bella. La crencha destocada dejaba ondular sus mil y mil hebras de oro, que esparcidas una por una se confundian por leves con el ambiente, y juntas en caprichosos rizos semejaban rayos de sol.

¡Qué blanca era la tez! ¡Qué palidez tan dulce habia en ella! Era la propia palidez del alba, que deja entrever los purpurinos fulgores con que se viste al despuntar el dia.

De los ojos no hay que hablar, porque turbios como el dolor los traía, habia en ellos cierta luz íntima, cierta expresion tan tierna como orgullosa que á la par infundia amor y respeto.

Era en fin, hermosa, muy hermosa, de alta estatura, delgada sin ser cenceña, alta y flexible, y lo bien concertado del talle, el contorno aéreo de sus manos, y del pié lo breve, acababan el conjunto perfectísimo de su persona.

Aun su apostura triste y meditabunda; aquella mano clavada en la mejilla, aquella mirada fija en el suelo, aquel desmayo de sus miembros, la presta-

ban mayor encanto, y la noche misma, silenciosa y grave, y el opaco resplandor de una sola lámpara que iluminaba la estancia, venian á favorecer su belleza.

¡Espectáculo admirablemente hermoso el de aquella reina dolorida! esclama al llegar aquí el cronista muzárabe que, aunque viejo, no debia ser de roca segun el calor que pone en su pluma siempre que trata de la hermosura.

Pasada seria ya la media noche, hora adelantadísima para aquellos tiempos en que era costumbre destinar al descanso las sombras, y al placer y al trabajo la claridad del dia, cuando se sintió crugir una portezuela escondida en la pared de la alcoba.

Cedió el resorte, abrióse de par en par, y apareció al dintel don Ramiro. Un ¡ay! de placer y de sorpresa se escapó de los labios de doña Inés al verle; levantóse precipitada, y al ponerse en pié ordenáronse los cabellos sobre sus espaldas, repusieronse las caidas gasas de su gola y vestidos, y como si instintivamente sus galas se ordenasen, apareció con ellas, no solo mas hermosa, sino en mas esplendor que nunca.

Pero si la pluma del cronista emplea algunos instantes en describir tales efectos, la reina doña Inés no tardó uno solo en ver á don Ramiro, y alzarse, y lanzarse á él, y estrecharle en sus brazos.

—¿Cómo tan tarde, bien mio? ¿Dónde hais estado, mi señor, que en tan inquietud pusisteis á vuestra esposa y sierva? ¿No me hablais? ¿No me amais ya como el dia de nuestras bodas?

Todo esto dijo doña Inés en un punto: pero don Ramiro no le contestó, sino que desasiéndose de sus brazos fué á sentarse con faz severa y cogitabunda en uno de los cogines orientales, que prestaban voluptuosa comodidad á la estancia. Doña Inés, mas sorprendida que nunca, se mantuvo inmóvil por algun espacio, de hito en hito contemplando la extraña espresion que en el semblante del esposo se advertia.

—¿Estais quejoso de mí! ¿os he ofendido, sin querer, en algo? repuso al fin con tierno acento.

Levantó la cabeza, que tenia inclinada sobre el pecho don Ramiro, y murmuró entre dientes:

—¡Desventurada!

No habló tan por lo bajo que no le oyese la reina, y acercándose mas al esposo le dijo:

—¡Desventurada yo, don Ramiro! ¡Desventurada yo cuando soy vuestra esposa!

—¿Mi esposa?..... No; no sois mi esposa, exclamó el rey; y levantándose al propio tiempo, asió fuertemente con una de sus manos el brazo derecho de doña Inés: no sois mi esposa..... ¿lo oís?..... Nuestro matrimonio es nulo, nulo ante Dios y ante los hombres, y vos y yo hace diez meses, los mismos meses de nuestro matrimonio, que estamos poseidos del infierno.

Temblaba doña Inés á punto que tenerse en pié no podia; saltaban á raudales las lágrimas de sus ojos sin acertar á decir palabra, y don Ramiro arrastrado por una especie de fascinacion inconcebible repetia:

— ¡Oh no! no digais ya mas que sois mi esposa!
¡No lo sois! ¡No lo sois! y pluguiera el cielo que
nunca tal os apellidaran los hombres!

Doña Inés pensó por un instante que estaba loca:
don Ramiro continuó:

—Mirad: desde este dia no podemos mas vivir
juntos: mañana mismo pienso divorciarme de vos,
y renunciar el cetro en don García de Navarra, en
don Alonso de Castilla, en cualquiera de mis com-
petidores. Yo no he debido empuñar nunca el ce-
tro, ni he debido jamas ser casado: sé ya de cierto
que la cólera de Dios está sobre mí, sobre vos, so-
bre toda nuestra casa.

—¿Hablais con verdad, don Ramiro? dijo al fin
doña Inés.— ¡Apartaros de mí que os amo tanto!—
¡Privar! ¡Privar del trono á nuestro hijo! ¿Qué
decis, esposo mio?

—¿Qué hablais de mi hijo? ¿Quién es mi hijo?
¿Qué decis, doña Inés? preguntó el rey asombrado.

—Digoos que hace tres meses que llevo el fruto
de nuestro amor en mis entrañas. Esta noche mis-
ma tenia determinado decíroslo para que el júbilo
del dia fuera completo; y no pensé en verdad que
tanto os entristecierais con saberlo. ¿Estais en vos,
don Ramiro? ¿Qué propósitos son esos tan estra-
ños? ¿Qué palabras son esas que ahora os oigo, y
que ni fueron oidas ni fueron jamas esperadas de
mí?

La sorpresa de don Ramiro no hay cómo enca-
recerla: confuso, aturdido, dió tres ó cuatro vueltas

alrededor de la sala, y luego lanzándose á la puer-
ta salió precipitadamente y gritando:

—¿Eso mas, Dios mio? ¿Eso mas enviais sobre
vuestro descarriado siervo?

Justo será que aquí cerremos el capítulo, y un
poco andemos hácia atrás, por ver si hallamos las
causas del estraño propósito, y de las incomprensi-
bles palabras de don Ramiro.

Adónde fué éste cuando salió del retrete de doña
Inés, ni se sabe ahora ni importa el saberlo; cómo
quedaria doña Inés despues de la singular entrevis-
ta que tuvo con su marido, cada cual puede por sí
adivinarlo;

Que puesto que el cronista muzárabe se pare aquí
mas tiempo refiriendo por menor las exclamaciones
y llantos de doña Inés, nosotros tenemos en el ma-
gin que copiarlo tambien en esto, seria ofender la
gran penetracion que por lo comun alcanzan los
lectores de tales crónicas como la presente.